

Amok se escribe sin hache: *Satanás*, de Mario Mendoza

*Ricardo Bada-Hansen**

*Primera versión recibida: 4 de marzo de 2003; versión final aceptada:
22 de abril de 2003(Eds.)*

Una cierta verdad de Perogrullo es que para escribir un relato cuyo protagonista sea el Mal, y no quedar mal, es necesario hacerlo muy bien. O bien tan rematadamente mal que se pueda pensar que, en efecto, el Mal estuvo rondando el escritorio y/o el ordenador del pobre novelista, con fines antiliterarios. Este pudiera ser el caso que nos ocupa. La única razón para elaborar esta nota sobre *Satanás*¹ es el hecho increíble de que le haya sido otorgado el Premio Biblioteca Breve, y por un jurado en el que no faltan nombres de calidad reconocida. ¿Cómo se explica un *black out* de semejante talla? Desde luego que siempre puede recurrirse al proverbial *errare humanum est* de la fórmula medieval contra los herejes, cuya segunda parte —dicho sea de paso— tal vez proporciona una explicación del fallo del jurado: *perseverare autem diabolicum*. Pues por ese diabólico perseverar, multiplicado por siete, en el error, ¿qué más congruente que haya sido *Satanás* quien se llevó el gato al agua? La verdad dura y pura es que cuesta mucho tratar de resumir lo que es esta novela.

Baste tan sólo un ejemplo. El primer hilo narrativo corre a cargo de María, que —el simbólico nombre ya lo indica— es virgen, pero dejará de serlo en algún momento del relato. María tiene una hermana, Alix, que es cinco años mayor que ella (85), y a la que por consiguiente llama “la pequeña” (88), un detalle que no ha sido tenido en cuenta por la editorial cuando nos asegura que

* Escritor y periodista español residente en Colonia, Alemania. Responsable de la edición alemana de los textos periodísticos de García Márquez y los libros de viaje de Camilo José Cela, y de la primera antología integral de Heinrich Böll en español. E-Mail: bada-hansen@t-online.de

¹ Premio Biblioteca Breve 2002, Seix Barral: Barcelona, 2002.

la nueva novela colombiana se ha desvinculado del realismo mágico. María vende bebidas calientes por las calles de Bogotá, y como es linda, los clientes no le pagan sino que la asedian sexualmente. Hasta que un día su buen amigo Pablo le ofrece un pingüe negocio. Servirle de señuelo, a él y a su socio Alberto, para engatusar a ejecutivos con la billetera llena de tarjetas de crédito, dejarles caer en su copa unas gotas de “burundanga” (escopolamina), desplumar al incauto y luego repartirse el botín. Eso sí, el negocio es honesto, le asegura Pablo: “Primero quiero decirte que te respetamos. [...] Ni yo ni Alberto vamos nunca a sobrepasarnos contigo”.

De los demás hilos narrativos no sería tampoco muy lisonjero el resumen. Hay un cura zafado que huele el Mal instintivamente. Hay un pintor que se la pasa contemplando cuadros de martirios y pintando retratos que le dejan sensaciones de premoniciones trágicas y siempre cumplidas. Y hay un veterano de la guerra de Vietnam, que ya se sabe cómo son esos veteranos cuando se deciden a echar a un lado sus inhibiciones y dejan asomar la oreja de Mr. Hyde por debajo del cuidadoso corte a navaja del Dr. Jekyll. Para colmo, este psicópata lleva un diario de 27 páginas escritas en primera persona y en cursiva, y se titula: “Diario de un futuro asesino”. El Mal siempre está al acecho.

Los diálogos transitan en el filo de la navaja, entre el Steinbeck de la saga del Condado de Salinas o el Saroyan de los cuentos protagonizados por niños —pero un Steinbeck o un Saroyan mal digeridos (o bien leídos en una pésima traducción)—, y el cartón piedra o el papel maché. ¡Qué manía, Señor, la de querer cambiar o explicar el mundo de esa manera!; ¡y qué nostalgia del Mempo Giardinelli de *Luna caliente* y de la avasalladora primera persona de Fernando Vallejo! Apabullantemente culebronesco es, para destacar nada más que una escena, el diálogo entre María y Sandra (210-218): casi se acierta a vislumbrar el recuadro de la pantalla de la caja boba enmarcando las nueve páginas.

Y a propósito: algo que se trasluce bastante claro a lo largo de esta novela es que hay una voluntad decidida de contarla a partir del presupuesto cinematográfico ¡Luz, cámara, acción!, por si acaso la lee un alevín de Quentin Tarantino decidido a hacer una *Pulp Fiction* ambientada en Bogotá, para que quede claro que aquí se van a lavar los trapos sucios del Mal.

No es una infidencia anunciar que el final de la novela es un baño de sangre cometido por el veterano de Vietnam, a quien la editorial bautiza como “ángel exterminador”. En una explosión de eso que los malayos llaman *amok*, especie de locura homicida que suele terminar con el suicidio del poseso, el buen hombre no deja títere con cabeza, no se salva ni el apuntador, uno llega a temer que el propio autor de la novela haya tenido que dictar el final desde ultratumba.

Menos mal que amok se escribe sin hache, lo cual, según Jardiel Poncela, es rasgo distintivo de las cosas que carecen de importancia. Este *amok*, desde luego, es una de ellas.

Con todo, hay una página recomendable, la 237, donde se cita íntegro el poema en prosa *Los viajes*, de Alvaro Mutis. Es un suspiro de alivio para el lector, este reencuentro con la literatura. Y hay otras dos páginas asimismo destacables (181-182), en las que se deja sentir la presencia de la raíz del Mal: cuando el autor arremete, a través de uno de sus protagonistas, contra la clase y el establecimiento políticos colombianos. Pero un balance de tres páginas sobre un total de 273 es bastante poco.

Menos mal que amok -como amor- se escribe sin hache, lo cual, según Jardiel Poncela, es rasgo distintivo de las cosas que carecen de importancia. Este amok, desde luego, es una de ellas. Como antídoto contra *Satanás* es pertinente invitar a quienes, a pesar de todo, lean este libro, que a continuación busquen y lean (o releen) *El peregrino en la tierra*, de Julien Green.